

## LA MÁQUINA DE TÉ

*Juan José Rodríguez García*

*Licenciado en Ciencias Matemáticas por la Universidad de Sevilla. Actualmente es profesor de Informática en el IES Rodrigo Caro de Coria del Río.*

*Las imágenes son esculturas del propio autor.*

*“Algunas veces...”*



19

Cuando el reloj del ayuntamiento dio las doce campanadas anunciando el fin de aquel año, Sofía respiró aliviada. Sabía que el paso del tiempo jugaba a su favor. Sentada en el sofá y rodeada de sus tres gatos, engulló el último trago de champán y dejó suavemente la copa en la mesa baja que tenía ante ella.

En ese momento notó como el borde de cristal le devolvía un guiño de brillante y arrasadora luz. Cualquier otra persona hubiese atribuido el intenso fulgor a la excelente calidad de las copas de bohemia, pero para Sofía era una confirmación de que las cosas serían diferentes y de que su vida giraba tomando un nuevo rumbo. Un giro total de 180°, pero sin estridencias, como si el timonel del barco con sus rudas manos girase la rueda de una forma suave y cuidadosa, y lentamente bajo las aguas el timón acariciase el envite del mar, con dulzura pero con decisión. Así, sin brusquedad alguna, la nave tomaba nuevos vientos, otros.

Ella se encontraba en cubierta, el sol conseguía despertar en su piel chispas eléctricas que, junto a la atmósfera cargada de salitre, hacían que se sintiera llena y pletórica en su interior, cargada de vida por dentro, y como si

---

<sup>19</sup> Biblia forrada de plomo y pastilla de jabón, medidas variables, 2011.

su exterior fuera de un material vítreo con la dureza de las mismísimas estatuas griegas. No podía sentir el viento azotándole la cara, ni sentir las gotas de agua que salpicaban su cuerpo, ni su brillante melena golpeando sus desnudos hombros; pero lo podía ver todo porque allí estaba ella.

Un ligero cosquilleo hizo que mirase a sus tobillos, donde uno de sus gatos se estaba frotando el lomo con descarado frenesí. Con ambas manos lo tomó de su panza y lo subió a su regazo donde se encogió en confortable ovillo, mientras sus otros hermanos, despreocupados, miraban la escena con ojos entrecerrados y plácidamente acomodados en el otro sofá del salón.

El sonido del teléfono le hizo dar un pequeño brinco. Lo tomó rápido deseando acallarlo, molesta por el sonido navideño que le había puesto como melodía en un acto irreflexivo que tuvo la semana anterior.

- Creía que no ibas a estar en casa – oyó decir al otro lado del auricular.

-Sí mamá aquí estoy -contestó mientras dejaba reposar su espalda en el mullido respaldo del sofá.

-Pero Sofía, sabes de sobra que debes salir, no es bueno que pases tanto tiempo sola encerrada en casa. Y menos en una noche como ésta.

-Mamá, no empieces otra vez con eso -resopló sin proponérselo.

-Pero hija, lo hemos hablado muchas veces, debes sobreponerte.

-Lo intento, mamá; por cierto feliz año nuevo.

-Feliz año, hija, solo quiero que estés bien; si no lo haces por tí, hazlo por mí, ¿de acuerdo?

-Vale -contestó.

-Buenas noches, hija.

-Buenas noches, hasta mañana -dijo mientras colgaba y besaba ligeramente el teléfono, colocándolo lentamente en su base con sus finos dedos, cuya delgadez y blancura acentuaba una alianza de oro.

Esos mismos dedos son los que acariciaban la superficie del mar. Ahora Sofía se había tumbado en el costado del velero y estirando uno de sus brazos conseguía llegar a las frías y revueltas aguas, de un azul tan profundo que atrapaba la vista de quien lo mirara, haciéndole perder a uno la noción de que

otros colores pudiesen existir. En esos momentos todo era de ese azul y ese azul era el todo.

Desde muy pequeña se había acostumbrado al mar. Su padre la llevaba a pescar en ese viejo bote de remos del que tan orgulloso se sentía. A pesar de tener sólo metro y medio de eslora y de que en ocasiones tenían que achicar agua, para los dos representaba la felicidad; en medio del mar ambos eran plenamente libres: su padre olvidaba su trabajo tedioso como pasante de seguros y ella se creía princesa embarcada en un navío español rumbo a nuevas tierras que descubrir. Siempre fue una soñadora, pero durante su vida se había sentido como una fracasada. O peor aún, porque para fracasar hay que proponerse algo y ella nunca se propuso nada.

-Bueno -pensó-, lo mejor será irse a la cama.

Intentaría dormir un poco antes del amanecer, mañana quería trabajar desde bien temprano en la terraza. En los últimos meses la había descuidado en exceso, permitiendo que las malas hierbas asomasen por entre las, en otro tiempo, cuidadas flores. Realmente era él quien se encargaba, le encantaban: ahora se tendría que conformar con las que le llevaran a su tumba. Llevaba ya cuatro meses muerto. Ella creyó a los que le dijeron que poco a poco pasaría, que se repondría y saldría adelante, que iría olvidando ese fatídico día. Sin embargo era todo lo contrario, cada vez pensaba más en su marido.



20

El cielo se volvió rojo y amarillo. Un aluvión de cohetes iluminaron el exterior, haciendo resplandecer los cristales de la gran vitrina que tenía frente a ella y destacando la foto del día de su boda alojada en su interior. La rojiza luz,

<sup>20</sup> Maletín forrado de plomo y manzana, medidas variables, 2011.

con destellos intermitentes, volvía a prestar vida a esa instantánea en la que aparecían juntos cortando la tarta. Pese a que quería irse a la cama, una extraña fuerza la arrastró a la terraza; iba con un rictus en la cara.

Fuera hacía frío, mucho frío. Desde aquella alta torre y apoyada en la barandilla miró lo pequeña que se veía la gente desde allí arriba y, a pesar de la distancia que los separaba, podía sentir la felicidad y dicha de esas personas. Eso era lo que más le dolía, siempre desde pequeña había sido así.

Pese a que el viento estaba empezando a azotar fuerte, no sentía frío; tampoco calor, aunque los rayos de sol comenzaban a dejar huella en su delicada piel. Desde la cubierta vislumbraba la transparencia de las aguas y podía contemplar el fondo marino de fina y dorada arena. No se lo pensó dos veces, se quitó los pantalones, el suéter y se dispuso a lanzarse de cabeza. Pero algo la detuvo, recordó las palabras de su padre -siempre que saltes asegúrate de que hay suficiente profundidad-, miró de nuevo hacia abajo y gozosa descubrió que ahora estaba muy profundo, pese a la claridad del agua no alcanzaba a ver el fondo. Entonces cerró los ojos y saltó.

Contuvo la respiración, caía de cabeza con los brazos inclinados hacia delante y el cuerpo recto, como su padre la había enseñado, pero el mar no llegaba, no entendía lo que pasaba; era como si se hubiese congelado en el salto, aunque notaba que su cuerpo caía.

Apenas sintió el golpe, había conseguido entrar con total verticalidad, penetraba en el agua con una absoluta naturalidad y en su piel sentía el cosquilleo de las burbujas de aire que se iban generando a su paso. Las zambullidas eran su máximo placer, la liberación de todos sus problemas; lo habían sido desde pequeña. Eso y las historias de tesoros y conquistas que su padre le contaba.

De pronto, sintió el terrible sonido, como si el mundo reventara; era el último cohete, sin duda. Odiaba los fuegos artificiales igual que esa canción navideña que sonaba incesantemente, así que decidió entrar en casa para coger el teléfono. Llenó la copa con lo último que quedaba en la botella de Moët-Chandon, dio un trago largo de burbujeante líquido y descolgó.

-¿Dígame? -En ese momento estaban colgando el teléfono al otro lado de la línea.

-¡Idiotas! -gritó, mientras de malas formas dejaba el teléfono en su soporte y se dejaba caer en el sofá.

Desde que murió su marido y se convirtiera en la propietaria de la mayor productora de té a nivel mundial, no cesaban de llamarla a todas horas. Algunos todavía lo hacían para mostrarle sus condolencias, otros simplemente por morbo; ella sabía que se alegraban de su sufrimiento y, además, que a sus espaldas se referían a ella despectivamente como “la máquina de té”. No le importaba, sencillamente todos eran unos envidiosos, envidiaban su gran fortuna y eso a ella no le molestaba, muy al contrario, era lo que más le satisfacía. Y lo mejor de todo es que nadie sospechaba que lo de su marido no había sido un infarto casual.

Le había costado bastante buscar la manera de deshacerse de semejante estorbo de marido, pero al fin lo consiguió. Eso al menos creía, aunque no se lo podía quitar de la cabeza. Él seguía estando presente. Desde la foto de la vitrina la acechaba y le clavaba su fija mirada de reproche, pero ella sabía que estaba a salvo, por mucho que la mirara con esos ojos de rencor, los muertos nada pueden hacer.

A partir de mañana la herencia se haría efectiva y todo pasaría a sus manos. Lo primero que haría sería vender ese piso y lo relacionado con él, sería la última noche que pasaba allí rodeada de sus pertenencias y su foto. Todo iba a ser distinto, dejaría de interpretar su papel de viuda desconsolada, disfrutaría del dinero y del poder que su nueva posición le otorgaban en esta sociedad, nada ni nadie se lo impediría. Había llegado su gran momento, el que desde pequeña siempre había soñado.

Se levantó del sofá, apagó las luces y, acompañada por la tenue luz de la luna, dirigió sus pasos al dormitorio. Cuando pasó ante la vitrina tuvo la precaución de no girar la cabeza, pero sus ojos, en un acto de rebeldía, sí que lo hicieron, y lo vieron. Ahora, mientras cortaba la tarta, reía con descaro como nunca lo había hecho en vida.

Sofía estaba acostumbrada a sumergirse con los ojos abiertos, disfrutaba mirando la superficie del mar cuando ascendía, contemplando los rayos de sol tamizados por las capas de agua. Si se zambullía desde el yate conseguía bajar a bastante profundidad, luego subía a la superficie lentamente y así retornaba al mundo que tanto odiaba. En él permanecía el inútil de su

marido, en cubierta, ayudándola a subir y cubriéndola con el albornoz. Encima ella tenía que esbozar una falsa sonrisa. Pero esta vez algo cambió; cuando emergió no vio nada, sólo un agua agitada en torno suya. Asustada giró y giró, pero nada pudo ver más que un vasto mar a su alrededor.

De fondo comenzó a oírse una melodía navideña, era el teléfono el que insistentemente la repetía, al otro lado alguien esperaba respuesta, la alegre canción parecía no tener fin, hasta que dejó de sonar. Todo se cubrió de un profundo silencio azul.

\*\*\*



21

---

<sup>21</sup> Teléfono forrado de plomo y pasta dentífrica, medidas variables, 2011.